

cupaciones que han contraído contra el inconveniente de parecer muy devotos ó supersticiosos ; como si pudiese haber ni dignidad ni filosofía en el afectado estudio de apartar toda idea de Religion , y como si en el Cristianismo todo fuera tan misterioso y tan ageno del filósofo ó del literato , que sea preciso prohibirse hasta la apariencia de lo que pertenece á la revelacion , ciñéndose á una manera enteramente gentílica de ilustrar á los hombres y de formar las costumbres. El Evangelio, aunque tan profundo é impenetrable en los dogmas que propone á nuestra adoracion , presenta al que le contempla con sinceridad un aspecto civil y patriótico , que le pone en el resorte de toda funcion instituida para la instruccion de los hombres y prosperidad de los estados. Que nos digan esos filósofos que

nos hablan eternamente de virtud y de moral , á que quieren que se atribuya el esmero con que evitan en todo la Religion , y el temor de descubrir que deben algunas luces á la profunda sabiduría de su doctrina. La supresion de todo homenaje á la excelencia de la Fe , ¿ ha contribuido mas de lo que ha sido perjudicial á la perfeccion de la elocuencia y de la filosofía ? Esta cuestion merecia que la academia reservase una bella palma para aquel que la tratase con mas sabiduría , energía y verdad. Entre tanto podemos decir , que aun cuando el sistema de la Fe fuera una mera ficcion , ofrece á la filosofia vistas tan estensas y profundas , y espectáculos tan ricos y maravillosos á la elocuencia , que no debe apartar jamas de ella su entendimiento ni su imaginacion el hombre que medita ó

escribe por el honor de la verdad. Nuestros oradores y nuestros filósofos acostumbran realizar sucesos, y dan vida á personajes quiméricos, para engalanarse con los adornos de los autores que les han precedido en la carrera; y los héroes de Homero y de Virgilio, y los interlocutores de Richardson y Shakespeare; finalmente todos los actores y todas las aventuras de las novelas antiguas y extranjeras, se citan, se recogen y son proclamadas como los únicos modelos y los depósitos inagotables de las bellezas por escelencia. Todo es oráculo, todo es Evangelio, fuera del verdadero; y al parecer no entra á figurar en las producciones modernas con todos los otros escritos antiguos, porque no es fabuloso como ellos. Y despues de esto ¿será extraño que haya quien sospeche que nuestros acadé-

micos, que debieran ser los conservadores del gusto y de las reglas, han caido tambien en el lazo, y son ya burla del charlatanismo filosófico?

Debiera haberse ofrecido á nuestros escritores la reflexion tan obvia como convincente, de que los ingenios célebres del último siglo, cuyas obras nos llenan de admiracion, eran unos hombres que adoraban el Evangelio, se honraban con estudiarle, meditarle y con proponerle, á los que se conocian llamados á escribir para la instruccion y felicidad de los hombres, como el verdadero manantial de las luces puras. ¿Qué filósofo, qué poeta, qué orador de nuestros dias no sacrificaría todas sus pretensiones y todos sus proyectos al honor de haber compuesto un libro como el *Telémaco*? Esta produccion que todas las naciones y todas las lenguas

del mundo han acogido y adoptado como una dádiva que dispensaba el cielo á todo el género humano; este libro tan maravilloso, tan divino, que sobrevivirá tantos siglos á todos esos tristes y áridos escritos que inundan este en que vivimos, supone sin duda en su autor el conjunto armonioso de cuanto la naturaleza tiene de mas rico en sus tesoros para formar las almas superiores y extraordinarias. No temo pues añadir que un genio igual al de Fenelon, no llegaría jamas á la altura de su filosofía y de su elocuencia, si se dedicase en su trabajo á repeler las luces que le ofrece la revelacion, ó si conmoviese menos su corazon la belleza y la magestad de la Religion. Cercenando de este libro lo que le han comunicado las ideas y las miras de la Fe de su magnificencia y riquezas; ¿ qué resul-

taria de esta variacion? Que no sería ya el Telémaco del grande Fenelon; y aunque presentaria siempre un bello monumento de imaginacion, la obra del inmortal Arzobispo de Cambrai perderia enteramente aquel carácter íntimo y grandioso que le distingue entre las producciones mas admiradas del mismo género, que la reviste de una superioridad de interes tan vivo sobre los poemas de Homero y de Virgilio, formándole como un rio caudaloso de luces, cuya dulce claridad y calor del todo celestial, harán de edad en edad el encanto de los entendimientos nobles y las delicias de los buenos corazones. No faltan lectores que ni desean ni pueden descubrir en este modelo de perfeccion las bellezas y los rasgos de grandeza con que solo la Religion pudo enriquecerle; pero el que junte

á la dicha de ser sincero un conocimiento algo estenso de las divinas Escrituras , á cada paso advertirá leyendo el Telémaco, que estaban siempre presentes al espíritu del autor , y que ha bebido en su manantial aquel gusto sublime de la verdad , aquella moral tan noble , tan interesante , tan universal , aquellas ideas tan altas y tan santas del supremo Hacedor ; en suma , lo que eleva su poema á un grado único de solidez y escelencia. Permitidme que os traiga á la memoria el primer egeplo que se ofrezca á mi vista al abrir este escrito: sea este pasage del libro cuarto: *Hazaël conversaba con Mentor de aquel primer poder que formó el cielo y la tierra; de aquella luz infinita é inmutable, que se comunica á todos sin dividirse; de aquella verdad soberana y universal, que ilustra á todos los entendi-*

*mientos, así como el sol ilumina á todos los cuerpos. Aquel que no ha visto jamas esta luz pura, añadia, se halla como un ciego de nacimiento; pasa la vida en una profunda noche, como los pueblos que no ilumina el sol en muchos meses del año; créese sabio y es un insensato; presume verlo todo y no ve nada, y muere sin haber visto jamas cosa alguna; divisa á lo mas algunas falsas y opacas luces, sombras vanas, fantasmas que no tienen realidad. Así son todos los hombres que se dejan llevar del deleite de los sentidos y del hechizo de la imaginacion. No hay en la tierra otros verdaderos hombres, que los que consultan, aman y siguen esta razon eterna. Ella nos inspira cuando pensamos bien, y ella tambien nos reprende cuando pensamos mal. Recibimos de ella la razon no menos*

que la vida , siendo como un grande océano de luces , y nuestros entendimientos como unos arroyuelos que salen de ella y vuelven á perderse en su insondable piélago. Qué riqueza, qué elevacion de ideas! Todo el fuego de Homero y toda la pompa de Virgilio no escitan un interés de tanta eficacia. Leed ahora , mi querido Vizcônde , la magnífica y noble entrada del águila de nuestros evangelistas, y sorprendido de la unidad de espíritu y de language , os parecerá no ver en el poeta , sino el órgano y el intérprete del genealogista del Verbo de Dios.

¡Qué magestad , qué imágenes, qué prodigio de elocuencia en el discurso de Bossuet sobre la historia universal! Asombró, dice Voltaire, aquella fuerza magestuosa con que ha descrito las costumbres , el gobierno,

el engrandecimiento , y la caida de los grandes imperios ; aquellos rasgos rápidos de una verdad enérgica, con que pinta y juzga las naciones... Este discurso no ha tenido ni modelos ni imitadores ; su estilo solo ha encontrado admiradores. Con efecto fue un fenómeno maravilloso , que despues de haber transcurrido tantos siglos sin que nadie osara aspirar á la gloria de los Cicerones y de los Demóstenes , apareciese por la primera vez un escritor que atravesando de un salto este grande intervalo , se colocase al nivel de aquellos genios extraordinarios, y aun se remontase por encima de los mayores oradores de la Grecia y de Roma. Algo mas es esto que el triunfo de la elocuencia humana, y Bossuet no debe solo á la fecundidad de su brillante imaginacion, aquel vigor , aquella pompa , aquella

opulencia, y sobre todo aquel carácter augusto é imperturbable de una dignidad y de una sabiduría en que creemos ver resplandecer todos los rayos de la misma Divinidad. Digamos, Vizconde mio, una verdad, que es menester cerrar voluntariamente los ojos para no verla; y es que los altos pensamientos de la Fe tienen una fuerza admirable para comunicar á los grandes talentos el esplendor del prodigio, y para llevar al verdadero genio á un grado soberesaliente de elevacion. Bossuet ha contemplado en el lleno de luces de la Religion, esto es, desde la altura de la inteligencia infinita, el grande teatro del mundo, y toda la sucesion de las revoluciones de los imperios; y mostrándonos el designio de una sabiduría eterna y profunda en medio de las vicisitudes que agitan y que cam-

bian la faz del universo, nos hace admirar en el cuadro de todos los reinos de la tierra, y de todos los acontecimientos humanos reunidos en un solo espectáculo, una economía, en la que todo se mueve, se choca, se derriba y se levanta por unos resortes divinos, y en la que todas las historias del tiempo no son sino los preparativos de la historia de la eternidad y del imperio indestructible *establecido sobre el fundamento de los Apóstoles y de los Profetas.*

Montesquieu, otro genio que pareció poco despues de Bossuet, y que la naturaleza muestra haberle suscitado cerca de nosotros para atemperarnos por esta graduacion á la dura necesidad que nos aguardaba de carecer de grandes hombres; Montesquieu presenta en el fondo al que le estudia y sigue en sus profundas me-

ditaciones, la misma alma y el mismo vigor de espíritu del célebre Obispo de Meaux; que equivale á decir, que en el uno como en el otro sorprende la superioridad de inteligencia que sabe reunir y reducir á un resultado simple é interesante para todas las edades, la variedad infinita de las revoluciones esparcidas en la inmensidad de los tiempos. Enciérrese Montesquieu en el período de las cosas humanas, y no se estiende á mas su designio; pero Bossuet arreglando sus meditaciones por un plan mucho mas vasto, ha querido enlazar, si es permitido decirlo así, toda la economía del mundo presente con el sistema eterno de la sabiduría suprema. Nos circunscribe el uno en el círculo de las leyes, de las costumbres y de las pasiones de los hombres para descubrirnos los resortes de los grandes

acontecimientos, y explicarnos la formación, el engrandecimiento, la decadencia, y la ruina de los imperios. El otro nos hace contemplar en medio de todo el movimiento de los intereses humanos y del enorme fracaso de los imperios y de los tronos, que se levantan, se encuentran y caen los unos sobre los otros, un poder invisible y eterno, que por entre todas estas agitaciones y estas ruinas conduce en silencio un designio de orden superior, y con una profunda providencia hace servir todas las vicisitudes y todas las escenas de los reinos y de las generaciones que pasan para el acrecentamiento y gloria del imperio que ha de permanecer eternamente. El primero no sale de la historia de los gobiernos, para señalarnos los principios de los grandes estremecimientos que han alte-

rado tantas veces el destino del linage humano, y nos deja en medio de este vasto universo, en donde todo vacila y se sucede, sin instruirnos ni darnos luz acerca del último desenlace de tantos espectáculos diversos. El segundo lo hace remontar todo á su manantial eterno, y nos presenta mas allá de los tiempos la hechicera y deliciosa perspectiva de un mundo permanente é incorruptible que levantará sobre las enormes ruinas de este globo que habitamos, y en el que todo se transformará en el esplendor y la inmutabilidad del Ser infinito. Así es como estos dos genios, con que se hubiera engreído el siglo de Augusto, se han asemejado tanto sin igualarse, y la elocuencia ha dejado la palma en la mano de Bossuet. ¡Oh y qué fecundidad y estension no abre la Religion

á todo entendimiento, que sabe contemplarla en la verdadera luz de su magnificencia y de su magestad! No, ella sola puede formar las inteligencias extraordinarias, elevar al genio sobre sí mismo, y hacer que se lance fuera de los límites prescritos á todo lo que es humano. Engrandece todas las esferas, dilata todos los obgetos, poniendo el infinito, en lo que no parece nada á nuestros ojos. Sola ella posee el don de vivificarlo todo; multiplica los prodigios por do quiera que los hombres dejan brillar su antorcha; imprime en todos los talentos, como en todas las virtudes, el sello de lo sobrenatural y divino, y produce á los grandes hombres, así como hace á los grandes santos.

No hay estado ni orden de cosas, que no tenga que deplorar la desgracia que le ha cabido á nuestro siglo



de escuchar á los detractores de la Fe. La misma llaga que el espíritu de irreligion ha abierto en las costumbres públicas, ha desecado la verdadera savia de la elocuencia, y desnaturalizado todos los géneros útiles á la sociedad. Restablézcase la Religion en el lugar de honor y de preeminencia que ocupaba antes en todos los establecimientos y ministerios del estado, y de que aun hoy dia se quisiera, digámoslo así, desalojarla hasta en el recinto de sus propios santuarios; y entonces será tambien el alma universal de toda nacion que se honre con los títulos del Cristianismo á la faz del universo. Bien pronto recobrará así su antiguo ascendiente sobre nuestros entendimientos y sobre nuestros corazones, y veremos renacer el reinado de los grandes talentos con el de aquella probidad in-

genua, sólida y delicada, que sola la Religion puede inspirarnos, porque ella es la *sabiduría* pura y sublime, que viene de lo alto, y que nos trae con ella todos los bienes; que estien- de nuestras luces, infunde vigor á nuestros pensamientos, el discerni- miento á nuestro gusto y juicio, la prudencia á nuestros consejos, la dignidad á nuestros empleos y ocu- paciones, y la realidad á nuestra vi- da; ella forma los verdaderos sabios, depura nuestros conocimientos, com- pleta y fija todas nuestras ideas de *orden*, de *gusto*, de *belleza*, de *jus- ticia*, de *utilidad*, y que al fin reduci- rá todas nuestras ciencias, todas nues- tras profesiones, todas nuestras ar- tes y todas nuestras inteligencias á una unidad y un concierto que nada puede alterar.

Os he presentado estas conside-